

RAWSON (ARGENTINA), mayo, 24: Los albatros revolotean sobre la tierra fría del penal. Llegan de la costa, a cinco kilómetros, para comer en el basurero donde los hombres de la Gendarmería arrojan las sobras de comida. Nadie en Rawson, una ciudad diminuta del Sur argentino, encerrada entre el océano y el desierto, ve a los albatros, a no ser los soldados y los gendarmes, porque el penal de Rawson es una fortaleza militar a la cual no tienen acceso los civiles. En ella sobreviven 180 presos políticos de la dictadura militar. Los presos políticos argentinos pueblan —han poblado— más de diez cárceles civiles y militares, pero Rawson es, sin duda, la más importante. Desde agosto pasado, cuando se fugaron de ella 25 jefes guerrilleros, Rawson se convirtió en el punto más dramático de la historia de la guerrilla urbana argentina y el más oscuro del Régimen militar. A la fuga siguió el copamiento del aeropuerto de la vecina ciudad de Trelew (a 18 kilómetros), la rendición posterior de 19 guerrilleros, rodeados por dos mil soldados, y su fusilamiento, una semana más tarde, en la base naval Almirante Zar.

La prisión, calle por medio de la ciudad, está defendida por anillos de fuerza de seguridad. El primero es el Ejército. Luego están los guardias de institutos penales; en el tercero, la Gendarmería; el cuarto y el quinto, institutos penales. Desde agosto, esos anillos militares dificultan la labor de los abogados. Los propios familiares debieron hacer gestiones interminables para poder cruzarlos. La prensa no pudo llegar nunca más allá del primero de los cinco anillos.

El miércoles 17 de mayo contemplé durante cuarenta minutos a los albatros mientras aguardaba en la antecámara del tercer anillo militar, sin estar seguro si finalmente se abriría el portón de hierro que franquea la entrada a los claustros de la prisión. Esa mañana había conseguido el privilegio de llegar hasta la antecámara de los pabellones. Burlé con éxito los dos primeros anillos militares, sólo restaba que rompiera el tercero: La puerta gigantesca estaba custodiada desde fuera por un pelotón de Gendarmería y desde adentro, por personal de institutos penales. El día anterior la espera había sido mayor, ya que apenas pude pasar el segundo anillo. En una sala con piso de baldosas y ventanas abiertas hablamos durante casi dos horas con la madre de un guerrillero detenido.

Hablábamos en voz baja, mientras los centinelas patrullaban con las armas listas. Un carro blindado se movía lentamente a cada momento y algún uniformado ingresaba a cada rato en la sala de espera. Nosotros callábamos. En una ventana, algún familiar había escrito: «Viva el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo)». Mientras esperábamos, comimos pan, «es el pan del penal, lo hacen aquí y lo reparten a los empleados», dijo la madre.

En la guardia, un oficial se comunicaba con el superior: «Trece al uno... Trece al uno... Aquí pregunta el secretario del diputado si puede pasar». Repitió varias veces mi apellido. Esa noche no pude ingresar. Fue una espera infructuosa en el segundo anillo de seguridad. Dejamos la cárcel con la madre del preso y caminamos hasta la ciudad comiendo pan y comentando

el «olor a cordero que tienen los muchachos». Ella tomó el ómnibus para Trelew y yo regresé al hotel Provincial.

A la mañana siguiente llegué hasta el puesto número tres. La espera fue menor entre los gendarmes y los albatros. Un oficial, con la metralleta sobre la mesa, pedía instrucciones por el intercomunicador: «Cinco al uno... Cinco al uno...».

Tuve suerte, los diputados justicialistas que auspiciaban mi ingreso convencieron a las autoridades: El cerrojo corrió, reclinaron las llaves y el portón se abrió para mí. Entre guardias llegué a la oficina del propio comandante Sirona.

El jefe del penal es un hombre de Gendarmería y no hace más que cumplir órdenes.

La prisión, intervenida militarmente en la noche del 22 de agosto, día de la fuga, necesitaba un responsable. Los jefes del Ejército, Marina y Gendarmería se arrojaron unos a otros la

cárceles de Devoto, de Resistencia, de Tucumán, de Rawson. También han roto todos los intentos de las autoridades por mantenerlos aislados, inventando nuevos sistemas de comunicación, comprando guardias, utilizando a sus visitantes.

En los últimos tiempos, los presos pasaron días mejores. El triunfo del Frente Justicialista y la inminencia de la amnistía, sumado a la presencia de algunos diputados electos, elevaron los ánimos.

En Rawson, donde el frío y el aislamiento son dos enemigos difíciles, los presos sólo se quejan del trato. La comida es bastante aceptable.

Los presos son sometidos a un sistema de encierro celular. En lugar de vivir en pabellones, todos juntos, están alojados en celdas de 1,80 por dos metros, con un par de ventanitas enrejadas: una en la pared, mirando al patio, otra en lo alto de la puerta, al pasillo. El encierro prolongado ha deteriorado la salud de la población pe-

las cuatro de la tarde, en la oficina del comandante Sirona, ingresaron dos guerrilleros presos: Haroldo Leguirate y Sergio Schneider. Llegaron con la mano derecha a la espalda, encadenada y asegurada por un celador. Nos dejaron solos, nos saludamos y encendimos los primeros cigarrillos.

En el penal, la edad promedio es de veinticinco a treinta años. El preso político más viejo es Alvarez (no recordaban su primer nombre), que tiene cincuenta y siete años; el más joven, José Resbelka, de veinte. Leguirate, alto, delgado, de pelo gris y nariz aguileña, tiene cuarenta años, es casado y tiene dos hijos. Schneider, pelo enrolado, bigote, soltero, estudiante de Medicina, tiene veintiseis. Leguirate es uno de los veteranos de la lucha armada en la Argentina. «Mi bautismo de militante ocurrió el 16 de junio de 1955, cuando aviones de la Marina bombardearon la plaza de Mayo», dice. También es posiblemente el preso que más cárceles ha conocido. Militante de la resistencia peronista, combatió sin cesar. Fue dirigente sindical de la CGT de La Plata y fundador de las 62 organizaciones peronistas en tiempos de la revolución libertadora. Detenido en 1960 por las disposiciones de seguridad del plan «Conintes», estuvo en las Prisiones de Usuahia, Magdalena (militar), Viedma, Las Heras, Caseros, Olmos, Cárcel Modelo de La Plata y Resistencia. Pasó entonces tres años preso. En marzo de 1963 se fugó del hospital de la prisión de Resistencia y cruzó el río Paraná. En 1963 se acogió a la amnistía dictada por el Gobierno de Arturo Illia. Militó entonces con los grupos de John William Cooke y del peronismo revolucionario. En 1969 se incorporó «a la etapa de la lucha armada». Fue detenido en La Plata en noviembre de 1971, enviado a Devoto y a Resistencia nuevamente, luego de soportar fuertes torturas.

«La tortura es normal», dice. En su caso fueron peores por sus antecedentes. Señala como responsable de ellas a la División de Seguridad Personal, a cargo del comisario Vergel.

Schneider, del pabellón B, militaba desde 1962 en el Movimiento Estudiantil Universitario, en la Universidad de Buenos Aires. Se incorporó a la lucha armada en 1969, convencido definitivamente por la experiencia de los estallidos populares de la ciudad de Córdoba. Entró en la clandestinidad en octubre de 1970, cuando cayó presa su compañera. Liberada ella, actuó juntos, y juntos caen en un procedimiento espectacular en las afueras de Buenos Aires, en agosto de 1972.

«La Policía —cuenta— disparó desde fuera de la oficina en la cual se hallaban, fue un intento de asesinato». Con tres balas en el cuerpo (una en la región inguinal, otra en un glúteo y la tercera en un muslo), Schneider intentó escapar por una cornisa del edificio, pero estaban en el séptimo piso. Fue detenido. Su estado era crítico. «Por eso fui uno, el único no torturado». En el hospital de Villa Devoto conoció a dos de los sobrevivientes de los fusilamientos de Trelew: Camps y Haidar. Luego lo enviaron a Rawson. Villa Devoto, en la ciudad de Buenos Aires, ha sido, en general, la antecámara de todas las prisiones de los presos políticos, es donde más presos hubo y una de las más benignas. Pero en 1972 se fugaron de ellas dos guerrilleros (Fernández Palmeiro, el eje-

LA PRISION VIOLADA

responsabilidad. «Esto le toca a la Gendarmería, el último orejón del tarro», dice Arcas Basbeus, auditor de este cuerpo. Quedé solo en la oficina por un tiempo. Luego ingresaron los diputados y dos guerrilleros: uno del ERP y otro de las FAR. Se sentían aliviados. Los diputados les habían anunciado que el Gobierno se negaba a trasladarlos, pero que Héctor Cámpora les enviaría a Villa Devoto en cuanto asumiera el poder. También sabían que la amnistía era una decisión irreversible y que sería total.

Los presos de Rawson son 180, y casi medio centenar de ellos iban a quedar en libertad antes del 25 de mayo: no tenían condena ni estaban sometidos a proceso, eran sólo presos a disposición del poder ejecutivo. Los demás esperan la amnistía como única forma de recuperar la libertad. Los presos políticos tienen pesadas condenas, a veces por acciones de guerra que provocaron la muerte de oficiales del Ejército; otras, por cosas menores, como tener en su poder libros de Carlos Marx o de Ernesto Guevara, son castigadas igualmente. Los presos son en extremo rebeldes, por otra parte: han hecho varias huelgas de hambre, se han fugado de las

principales dolencias son psicológicas, y rara vez recibieron asistencia médica.

Cuando la Cámara Federal en lo Penal —conocida como la «cámara del terror»— pidió alguna vez informes sobre el estado psíquico de los presos, el doctor Bark, psiquiatra del penal, se negó a darlo. Bark contestó: «No puedo asegurar la salud mental de nadie que esté encerrado en una celda de uno ochenta por dos metros».

Los presos tienen problemas en la vista por el encierro, diarrea por el frío, sufren del hígado por la mala comida, de avitaminosis del sistema nervioso. Los dientes muestran el resultado de las críticas condiciones de los presos. Ahora que las cosas se han ablandado y que intervienen los diputados, las prótesis se han puesto de moda: «Actualmente son mejores, de creme-cobalto», comenta un guerrillero. Esta tarde del miércoles 17 volví a entrar en el penal de Rawson. Los guerrilleros presos fueron consultados previamente sobre mi visita, preguntándose si concederían una entrevista periodística. La comisión de delegados, representante de todos sus compañeros y de todas las organizaciones armadas, contestó que sí. A

ductor del almirante Hermes Quijada, entre ellos), y la cárcel de Devoto se endureció. «En Resistencia, las celdas son más grandes, siempre individuales», cuenta Legiurate. En algunos aspectos es preferible a Rawson. Allí hay «una efectiva solidaridad de la población» debido a que está más «concienciada políticamente» y a que posee una tradición de combatividad.

Desde los barrios pobres, señala, la gente aportaba «una manzana, tres cigarrillos, una caja de fósforos». Al escapar pudo refugiarse en casas de la población, en un pequeño rancho de la provincia de Corrientes. En Resistencia se enteraron de las muertes de Trelew. «Un día antes nos sacaron las radios». Luego desapareció el celador del cuadro. Quedaron extrañados. La tragedia de Trelew fue «una cosa tremenda para todos. Los conocíamos a todos. Eran compañeros de organizaciones armadas o amigos personales».

«Yo he visto a todos esos muchachos llorando de impotencia y de dolor», dice. Había 150 presos políticos en Resistencia.

«Más o menos al mes, nos trajeron acá —cuenta Legiurate—. Acá encontramos al peor régimen».

Cada uno fue encerrado en una celda, aislado. Durante diez días por lo menos permanecieron sepultados entre los muros. Uno ochenta por dos metros, paseos interminables de cuatro pasos cortos, un camastro y un jarro que servía tanto para orinar como para tomar el mate cocido.

Eran sacados una vez al día por un celador para ir al baño. «Lograr ir dos veces por día era una hazaña. Así que debíamos recurrir necesariamente al jarro. El pis lo tirábamos luego por la ventana al patio». El trato fue riguroso. Los desnudaron en pleno invierno y los hicieron correr a sus celdas desnudos, apretando contra el pecho los nuevos uniformes, azules, de preso. El que se resistía era dominado a golpes. Septiembre fue un infierno. Hasta que un día, cuando los guardias golpearon a Eduardo Domingo Giménez, la protesta fue tanta, que hubo que instruir un sumario. Así y todo vivieron aislados, sin diarios, ni revistas, sin radios, sin cartas, sin visitas, a 1.600 kilómetros de Buenos Aires.

En diciembre declararon una huelga de hambre que duró dieciocho días. Explica Arcas Basbous, el auditor: «A mí me dicen que soy un hijo de perra. Pero yo no hice más que cumplir las órdenes que se me daban». El auditor se muestra amable ahora. Me lleva al locutorio, el lugar donde los presos y las visitas se encontraban entre una maraña de rejas y redes metálicas que hacían imposible que se vieran. Me las muestra como si a él también le repugnaban. «Cuando empezó la huelga de hambre, el propio Presidente Lanusse envió un radiograma que decía: "No hay concesiones". Y no las hubo. No podía haberlas». La huelga se terminó cuando el comandante López Carballo prometió levantar las sanciones, algo que luego no cumplió. «Las condiciones de encierro siguieron hasta abril —dice Schneider—. Han durado ya ocho meses». Agrega Legiurate: «Todo estaba preparado para la destrucción física y psíquica de los compañeros. (Son las seis de la tarde. El sol entra casi horizontalmente por la ventana y da en la cara de Legiurate. Hay una pausa). Pero nada de eso ocurrió. Hay en todos los compañeros una alta moral revolucionaria».

La moral, explican, se ha mantenido mediante la organización y la disciplina. Los presos políticos han estudiado, ejercitado su cuerpo y debatido permanentemente problemas políticos. En Resistencia, por ejemplo, recuerda Legiurate, se hacían despertar a las 5,30 de la mañana para estudiar. Interrumpían a las diez para hacer ejercicio físico.

En Rawson, las autoridades intentaron quebrar esta disposición con el aislamiento. Pero los presos burlaron todas las trampas con ingenio y trucos propios. Atando dos puntas de las sábanas a la alta ventana de la puerta que da al pasillo podían mantenerse suspendidos y comunicarse con los demás. Desde cada ventana veían al de enfrente y a los de sus costados. Los carceleros quisieron tapiar las puertas, luego intentaron instalar parlantes para aturdirlos el día entero y para que no pudieran oírse entre ellos: fracasaron. En mi presencia, el diputado Muniz Barreto intentó convencer al comandante Sirona de que permitiera ingresar tres radios por pabellón (30 presos por pabellón) para que oyeran los actos de la transmisión del mando. Sirona dijo algo así como que «con tres radios pueden hacer un transmisor». Propuso el sistema de los altoparlantes, pero alguien le dijo que no servían...

Los presos sintieron la distensión en cuanto triunfó el Frente Justicialista de Liberación el 11 de marzo y comenzaron a llegar los diputados electos. «Entonces, probamos el café», dice uno de ellos. Interrogamos a Legiurate sobre el futuro; dice: «Mi propuesta política es la de un peronismo revolucionario independiente y clasista». ¿Por qué? «Yo creo firmemente en la perspectiva del desarrollo de una corriente interna del peronismo que, por su composición de clase obrera en su base, sea auténticamente revolucionaria, basada en los principios del marxismo-leninismo. Y por la existencia —continúa— de una tendencia revolucionaria del peronismo que arranca desde la resistencia en un proceso de radicalización progresiva». Y agrega otra clave de su pensamiento que puede ser vital en el proceso político argentino: «En el seno del peronismo hay una contradicción antagónica que no se resuelve sino por la violencia».

Schneider, por su parte, señala que «para llegar al socialismo es necesario construir, por parte de los sectores revolucionarios, los instrumentos capaces de llevar a cabo el proceso. Fundamentalmente, se gestarán con trabajo en el seno de la clase obrera». ¿Quiénes son los revolucionarios? «Considero sectores revolucionarios a aquellos provenientes del peronismo revolucionario en su proceso de ruptura con el movimiento peronista y a los sectores de la izquierda revolucionaria». Les preguntamos a ambos cuáles son sus coincidencias en objetivos, táctica y estrategia. Son casi totales. «Coincidimos en el socialismo, entendiendo como tal la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, en marcha hacia la extinción total de las clases sociales». Crean en «la necesidad del desarrollo de la lucha armada con el objetivo de la guerra popular revolucionaria con características prolongadas». La entrevista es interrumpida por la llegada del comandante Sirona. Viene de un almuerzo en la base naval de Trelew, con motivo del Día de la Armada. ■ FERNANDO MAS.

La Capilla siXtina

CAMPORA XXIII

Fuentes generalmente bien informadas comunican que muchos políticos españoles en ejercicio o en fase de precalentamiento están mosqueados porque Héctor Cámpora no aludió a España en su discurso de toma de posesión. Si se hubiera tratado de un discurso breve aún habría disculpa, pero Cámpora se destapó con un discurso de tres horas, en el que al menos cabía un minuto para decir ahí te pudras, o aunque sólo hubiera sido una fracción de segundo para meter en el lío la expresión Madre Patria.

Ya se sabe. Los hijos son ingratos, y es tanta ley su ingratitud como la resignación de los padres, sobre todo...

en este mundo absurdo que no sabe a dónde va

... como cantaba Massiel. Cámpora no sólo no ha mencionado a España, sino que, además, parece víctima más que protagonista de los hechos pararevolucionarios desencadenados en la República hermana (por cierto, ¿hermana? ¿hija? ¿prima? ¿en qué quedamos?). Las fuentes generalmente bien informadas dicen que Perón vive pegado al tele tipo que le trasmite las primicias de lo que le hacen a Cámpora, y el general se pasa el día dando saltos o, mejor dicho, sobresaltos.

La cosa va a plantear incluso un problema oficial, porque como prosiga a este ritmo la dinámica política argentina, la recepción a Cámpora cuando venga a buscar a Perón va a adquirir la misma significación que si se recibiera a Kerenski. Y uno recuerda qué mala prensa ha tenido siempre Kerenski, y cuánto celo se ha puesto en no hacer el Kerenski, y denunciar una y otra vez a todos los que estaban haciendo el Kerenski. Preveo como muy embarazosa la paleta de asumir el hecho de que del avión argentino no

descienda el esperado Conde Ciano, sino el imprevisto Kerenski Cámpora.

Y aún preveo otra situación no menos embarazosa: la de Perón, parapetado en su casa de Puerta de Hierro, negándose a meterse en el berenjenal argentino. Perón había lanzado la candidatura de Cámpora como un desafío dirigido a los militares.

—Las elecciones las gano de calle, hasta con Cámpora como candidato me las llevo.

—¿A que no?

—¿Que no?

—¿Que no!

Presentó a Cámpora y ganó, en una operación que se pareció mucho a la de los cardenales del consistorio que eligieron a Juan XXIII porque no llegaban a un acuerdo más determinante. Si los cardenales eligieron a un Papa que iba a durar poco para concederse tiempo suficiente para la construcción de candidatos más sólidos, Perón eligió a Cámpora, porque era el más fiel entre los infieles reyezuelos del justicialismo y, además, un hombre incapaz de corregirle los acentos al general.

Pero la explosión de la "base" ha forzado la situación, y Cámpora va a llegar a extremos increíbles, por ejemplo, proponer el Concilio Vaticano III o crear un Ministerio de Guerrillas Urbanas y Suburbanas, Acuáticas y Subacuáticas.

—¡No fue lo pactado! No me piense, pibe. ¡Límitese a cumplir órdenes!

Grita mudamente el general Perón a través del teletipo, Cámpora no sabe cómo decirle que se ha dado cuenta de que las elecciones no las ha ganado él, pero tampoco Perón. No sabe cómo decirle que las elecciones las ha ganado la necesidad de cambio encarnada en las masas populares.

Si Perón o los militares no lo remedian, tenemos un Cámpora XXIII en ejercicio o en fase de precalentamiento.

SIXTO CAMARA